



# MIGUEL DE UNAMUNO EN LA PRENSA ALICANTINA

## ABUELO Y NIETO<sup>1</sup>

Miguel de Unamuno

*Diario de Alicante*, 16 de abril de 1909

Volvieron al pueblo desde la labor, silenciosos los dos, padre e hijo, como de costumbre, cuando de pronto dijo aquél a éste:

-Oye, Pedro.

-¿Qué quiere, padre?

-Tiempo hace que me anda una idea dando vueltas y más vueltas en la cabeza, y mucho será que no te haya también a ti ocurrido alguna vez...

-Si no lo dice...

-¿En qué piensas?

-No, sino ¿en qué piensa usted?

-Pues yo pienso..., mira... pienso que estamos mal así...

-¿Cómo así?

-Vamos... así..., solos... -y como el hijo no contestase, tras unos pasos, prosiguió...

-¿No crees que estamos mal así?

-Puesto que usted lo dice.

-¿No crees que nos falta algo?

-Sí, padre, nos falta madre.

-Pues ya lo sabes.

Siguieron un gran trecho, silenciosos, perdidas sus miradas en el largo camino polvoriento que invocaba al cielo allá lejos, donde bajo la franja de una nube cenicienta iba derritiéndose la última luz del sol ya muerto. De pronto dejó caer el padre en el silencio esta palabra:

---

1 Con este mismo título publicó Unamuno un cuento en 1902. *Diario de Alicante* hace constar, sin empero, que se trata de una colaboración inédita.

“Tomasa...” como principio de una frase en suspenso, y cual un eco respondió el hijo: “¿Tomasa...?” Y no volvieron a hablar de ello.

No conseguía acertar Pedro el por qué su padre se hubiera fijado en Tomasa de preferencia a todas las demás mozas del lugar para elegirla por nuera. Porque era ella ceñuda y arisca, callandrona y reconcentrada, como si guardase un secreto. Bailaba en los bailes de la plaza como de compromiso, y más de una vez pagó con un bofetón los requiebros que de raya pasaran. Pero en verdad algo tenía Tomasa, algo que ninguno sabía explicarse, pero que hacía la desearan muchos para mujer propia. Algo indecible decían aquellos ojos negros bajo el ceño fruncido; algo había de robusto en su porte. Era la seriedad hecha moza y moza, a pesar de su adustez, fresca y garrida: ¡Toda una mujer!

Empezó Pedro a resolver en su magín la idea de su padre, y tanto y tanto la rumió aquello de: “¿Por qué la querrá de nuera?”, que acabó por pedir a Tomasa cortejo. Y ella, no sin sorpresa del mozo, se lo concedió.

Y empezaron las largas entrevistas, las conversaciones lánguidas y arrastradas mientras ella mordía una hoja de cualquier planta; el murmurar a modo de arrullo, de todos los demás novios del lugar. Los decires de Tomasa apuntaban casi siempre a la futura vida doméstica, a lo que habrían de hacer una vez casados; eran observaciones henchidas de una sensatez abrumadora. Con frecuencia repetía: “¡Oh, si yo fuera hombre!”, sin que en ello parase mientes Pedro, que nunca pensó en si él fuese mujer. Lo único que el mozo se decía era: Ella siempre está con “¡Si yo fuera hombre!” y mi padre siempre “¡con si yo fuera joven!”.

Cuando Pedro comunicó a su padre que le llevaría a Tomasa de nuera, exclamó el anciano,

-¡Gracias a Dios! Ya te lo decía... Es lo que nos hace falta en casa... mejor... y aún así, de cuerpo entero, de temple, sana y laboriosa...

Y tras un momento de pausa, añadió:

-¡Ah! ¡Si yo fuese joven como tú!

-Sí, que habría sido usted quien me la habría traído de madrastra, en vez de traérsela yo a usted de nuera... ¿No es eso?

-Te equivocas, hijo... pero... ¿qué sabes?

Entró Tomasa en el hogar del anciano y desde el primer día empezó a llamarle abuelo. Y el pobre Pedro no decía más que: ¡Si yo fuera hombre como tú!, de un lado; y del otro: ¡Si yo fuese como tú joven!..., él que era hombre joven.

“No piensa más que en los hijos” pensaba el abuelo, y era verdad, no pensaba Tomasa en más que en los hijos que hubiera de tener. Ya que no hombre, sería madre de hombres; criadora de ellos. Era una mujer hacendosa y dura, incansable en el trabajo, de pocas palabras.

Pedro no acertaba a darse de ello clara cuenta, pero era el caso que aún el más torpe podía barruntar cierta sorda malquerencia entre la nuera y el suegro, nacida en ellos no bien convivieron cuatro días. Ella no hacía más que reprochar al viejo su creciente inutilidad, y él parecía molestarse de que trabajase tan duro ella.

-Para hacer así las cosas mejor es que las deje, abuelo: Es más lo que echa a perder que lo que abona- decía al anciano la joven con acrimonia.

-Ni un momento de reposo, hija, ni un momento... Piensa bien como estás, en tu estado, y no sea que por querer hacerlo todo comprometas tu salud, y lo que es peor, la vida del que va a venir- le decía el viejo con amargura.

Una tarde encontró el padre al hijo junto al abrevadero, cuando aquél se retiraba a casa y llevaba éste el ganado a beber, y sin preámbulo alguno:

-¡Ay, Pedro!...- le dijo.

-¿Qué le pasa padre?

-Que el abuelo es ya viejo y le empujan los que aún no han venido..., pero déjate, déjate, que el mundo da muchas vueltas y quiera Dios que no te afrente tu mujer con tus propios hijos.

-¿Por qué lo dice padre?

-Me equivoqué, hijo, me equivoqué...

Me gustaba por seria, por trabajadora... pero son demasiada seriedad y demasiada laboriosidad las tuyas: No lo dudes. Parece como que se esconde en el trabajo. Y sueña demasiado en el hijo..., demasiado... Mira, como duermo poco, me paso las noches dándole a las cosas muchas vueltas en la cabeza...

-No hay como una mujer trabajadora, padre.

-¡Trabajar, trabajar..., siempre trabajar! ¡Pobres viejos!... ¿Te acuerdas cuando bailaba en la plaza? Lo hacía como quien cumple una penitencia...

Llegó por fin el niño, el anhelado, y aquel día y el del bautizo fueron de negros augurios para el pobre viejo. Tomó al nieto en brazos, le miró fijamente y lloró al besarle. “¡Que no llegues a viejo!” -le dijo en silencio.

En pocos días se restableció la madre, y mientras salía a la labor Pedro, estábase ella dando el pecho al niño y el abuelo contemplándola desde un rincón. Pensaba el viejo: “Ahora le está diciendo calladito, muy calladito, casi sin hablar, tú serás lo que yo habría sido si hubiese nacido hombre... Irás a la ciudad... Serás más que nosotros...”.

-¡Será todo un hombre!- acababa el viejo en voz alta su pensar.

Y Tomasa, al ver sorprendido su pensamiento, miraba al abuelo con ojos extraños diciéndole lo increíble con la mirada aquella que partía debajo del ceño fruncido.

Y empezó a ser todo lo mejor para el niño, para él la nata de la leche, y no para el viejo ya, para él el rinconcito mejor junto a la lumbre, todo cuidado para él.

-Deje al niño eso, abuelo, que usted lo ha gozado ya muchos años...

-Y él lo gozará, cuando yo muera, otros tantos...

-Cuando usted muera, eso...

-Él llegará a viejo..., si vive...

-Si vive, ¡claro es!, también usted fue niño.

--

Cuando conocí al abuelo pedía limosna por los lugares y alquerías.

-¿No tiene usted hijos?- le pregunté.

-Sí señor. Sí tengo un hijo, pero él también lo tiene, y llegará a viejo como yo... El mundo da muchas vueltas, señor... También fui yo hijo... A nadie he de dar que hacer, nadie me reprochará el pan que coma, me moriré solito, en un rincón, solito, como los animales, como las criaturas de Dios, sin comedias... ¡Me moriré cuando Dios quiera! ¡Han visto nacer a su hijo, sólo Dios sabe si tendrán el consuelo de que su hijo les vea morir!

Y después de haber besado la moneda que de limosna le di y de un “Dios se lo pague, señor y le dé salud para criar a los suyos”, perdió el anciano allá, en la polvorienta carretera, renqueando su cabeza sobre el crepúsculo, aureolada por el polvillo de oro del sol de poniente.

En un día no pudo ya, y esclavo del corazón, con lágrimas de tristeza y de despecho en los ojos, pero con rescollo<sup>2</sup> de amor, llamó con el cayado a la puerta de su casa, de la casa en que naciera.

-¿Quién es?- preguntó desde dentro la voz seca y dura de la mujer.

-¿Hay un poco de sitio, hija, para un pobre viejo que quiere morir?

Siguióse un momento de silencio; la mano del abuelo temblaba sobre el cayado; no le corrían ya las lágrimas.

-Entre padre- dijo con empeñada voz Pedro.

-Dios te lo pague, hijo –exclamó el anciano al franquear la puerta, y fue a sentarse junto al fogón, sin mirar a los suyos, renqueando.

-El caso es que no debíamos decirlo –empezó Tomasa- ¿Por qué se nos escapó? Y luego andan diciendo por el pueblo que si le echamos de casa, que si le tratábamos de ese modo y del otro... ¿Tan mal le tratábamos, diga?

-No, ni bien ni mal. Yo era como un perro viejo a quien por compasión no se le pega un tiro, se le echan los mendrugos, y se le despacha a que

---

<sup>2</sup> Rescollo es una palabra muy utilizada por Unamuno pero que no aparece en el DRAE ni en el María Moliner. Quiere decir algo parecido a rescoldo.

tome el sol y no estorbe, para lo que ha de vivir. Y cada mañana se dice:  
¿Todavía vivo?... No, ni mal, ni bien.

-Cállese, padre, cállese.

-Me callaré... en mi casa...

-¿Su casa? -replicó la nuera; -la casa es de quien la sostiene.

-¿Qué vida! -exclamó el viejo golpeando con su cayado el suelo mientras se le saltaban las lágrimas de nuevo.

-No haga ruido, abuelo, que está el niño enfermo...

-¿El niño? -exclamó el viejo al punto.

-Sí, el niño.

-¡Quiera Dios, hijo, que no te vea como tú me ves hoy!

-¡Fuerte le da al abuelo!

-Vaya hijos, voy a retirarme... ¿a dónde?...

-Allá- le contestó la nuera señalándole una puerta con el brazo extendido, rígido, cuya sombra proyectaba en el muro, algo rara, la roja lumbre del hogar.

-Al cuarto en que nació... Pero antes quiero ver al niño..., darle un beso.

-¿Un beso? -exclamó sin poder contenerse la madre.

-¡Un beso, sí! -agregó con firmeza el anciano mirando a los ojos a su nuera, que le sostuvo la mirada con la suya adusta, casi acusadora.

Entró el anciano en el cuarto del niño, entonces enfermo; besole en la frente, que de fiebre ardía, y murmurando entre dientes "aquí sobra uno", fue a recogerse.

A la mañana siguiente salió la madre del cuarto como loca, desfavorida, gritando: "Él, él nos ha matado al hijo... sí, él, él con su beso... le ha hecho mal de ojo..., él...tu padre, ¡el abuelo!

Cuando entraron en el cuarto del anciano, hallárosle también muerto, muerto en la cama misma en que había nacido.

# NUESTRO PACIFISMO ES PEREZA

Miguel de Unamuno  
*Diario de Alicante*, 20 de febrero de 1915

André Suarès<sup>3</sup>, en su primer escrito sobre Tolstoi, el de 1898, hablando de la guerra y de su justificación decía que el error consiste en buscar si la guerra es justa en vez de buscar si es necesaria, si está en la naturaleza del hombre al igual que la envidia, el odio o la avaricia y si, cuando la hace, obedece a su instinto como cuando amasa el pan o hace el amor.

La consideración es, como se ve, de clavo pasado. Posteriormente la han elevado de dignidad diciéndonos que la guerra es una de las categorías del espíritu humano. Es por lo menos algo que hay que poner al lado de la ciencia, del arte, de la industria, del comercio.

Y luego añade Suarès: “El amor inveterado del reposo y la debilidad, no se separan. Y, según mi gusto, quien dice debilidad, dice impureza. No está declarada, pero sí a punto de estarlo. Sólo es puro lo que resiste y no teme la lucha. Nada está mejor preparado para la vida que lo que no teme perderla y afronta la muerte. Para un santo que se humilla, hay un número infinito de almas cobardes y serviles que se aduermen en la humillación como en un lecho de plumas. Quitad el cobertor y echad la mortaja sobre esos cuerpos inertes”.

También esto es de clavo pasado y se ha dicho, en una u otra forma, muchas veces. Y aquella definición que de la vida daba Bichat<sup>4</sup>, diciendo que es el conjunto de funciones que resisten a la muerte, definición puramente negativa que indignaba a Mazzini, tiene mucho

---

3 Nacido en Marsella en 1868, André Suarès fue, junto a Valery, Gide y Claudel, uno de los fundadores de la Nouvelle Revue Française, que revolucionaría las letras galas. Poeta, novelista y ensayista, Suarès destacó por sus enciclopédicos estudios sobre la obra de Tolstoi, Goethe, Mallarmé, Pascal o Cervantes.

4 Médico y filósofo francés del siglo XVIII, Bichat fue el renovador de la anatomía patológica, fundador de la moderna histología y uno de los principales defensores de la teoría filosófica del *Vitalismo*.

más sentido de lo que parece. Como podría decirse que la libertad no es sino la lucha contra la servidumbre.

Pero después del párrafo transcrito, pone André Suarès este otro, para nosotros terrible: Dice: “Si hiciera falta un ejemplo, tendríamoslo en España. Este país no está ya en estado de hacer la guerra, y Tolstoi lo alabaría por ello. Pero menos lo está en el de hacer cosa alguna – siquiera hijos-. Ese pueblo se ha enclaustrado y la pereza es su claustro. Y avanza ya, aunque se oculte, la muerte, que es el prior”.

Esto lo escribía Suarès hacia 1898, el año de nuestro desastre. ¿Nos conocía entonces Suarès? ¿Nos conoce hoy? No perdamos de vista que, a juzgar por su nombre, Suarès debe ser de origen sefardita, judío español o portugués. Y son los sefarditas, los que viéndonos al través del siglo XV, mantienen la leyenda de España en Europa.

En 1898, cuando escribía eso Suarès, España, agotada por una larga guerra, no estaba ya en condiciones de hacerla. Y firmó una paz quedándose sin sus últimas posesiones americanas y asiáticas. Pero después emprendió otra guerra, en África. Y el pueblo al fin y al cabo dejó hacer tras leve, muy leve resistencia. Lo que no sé de dónde sacará Suarès es que España no estaba en estado de hacer hijos. Aunque no otra cosa, eso sí hacemos: Niños. Educarlos es ya distinto. Aquí no se nota aún el neo-malthusianismo. Preferimos dejarlos morir a dejar de hacerlos o impedir que nazcan. Una de nuestras industrias es la de poblar de angelitos el cielo. Así cuando lleguemos a él lo encontraremos lleno de españoles, pero de españoles inocentes, pequeñitos y mamoncillos que ni sabrán hablarnos en nuestra lengua. La chiquillería del cielo, en fin.

Pero hay en el párrafo de Suarès una verdad terrible, y es cuando dice que el pueblo español se ha enclaustrado y que la pereza es su claustro: Sí, así es. Nuestra cobardía –incluyo en ella a nuestra neutralidad- no es más que pereza. No tomamos partido ni por una ni por otra parte, por ahorrarnos el trabajo de estudiar el pleito para decidrnos con plenitud de juicio.

El horror al esfuerzo, es decir, al esfuerzo de pensar y de querer, es aquí algo que pone espanto. Abundan las gentes que son del primero

que llega y los que dicen: “¡Yo no sé decir no a nadie!” ¿Abulia?<sup>5</sup> ¡No, pereza! Porque eso a que han dado en llamar abulia, no es más que pereza.

Estoy harto de ver en época de elecciones gentes que dan su voto al primero que se lo pide, aunque luego tengan que arrepentirse de ello. “¡Hombre si hubiese usted llegado antes... Pero, ya ve, estoy comprometido, y soy hombre de palabra!” Y hay quien se compromete así, con el primero que llega a él, para que luego le dejen en paz, para que no le molesten, es decir, para conservar su pereza. Lo que hay que evitar a todo trance es tener que formar opinión por sí mismo, tener que escoger.

Los que hemos tenido que presidir algunas veces asambleas o corporaciones en que haya que poner alguna vez a votación algo, sabemos muy bien que si el presidente tiene que determinar la forma de votación, no siendo nominal, e interés en que resulte a favor de una solución dada, sea la llamada afirmativa, no tiene sino decir: “Los que se levanten de sus asientos votan que no, y los que permanezcan sentados que sí”. Cuenta con que hay siempre un número considerable —que a las veces llega a la mayoría— que con tal de no moverse de sus asientos ni molestarse en ponerse en pie, pasan porque se vote cualquier cosa, aunque sea lo contrario de lo que desean. ¿Es que no desean nada? No, es que por mucho que deseen una cosa cualquiera, desean más no molestarse en ir a buscarla.

A esto suele llamarse indiferencia. Y no es sino pereza. Y de este mal están inficionados muchos que en otros respectos parecen muy laboriosos y trabajadores. Al activo industrial o comerciante —activo al parecer y no más que en apariencia— que os diga que le es indiferente la política, decidle que es un perezoso y nada más que un perezoso. Y podéis añadir que hay quien satisface su pereza mental, hundiendo su espíritu en una labor rutinaria. El desdichado que se pasa siete u ocho horas al día jugando al dominó, al tresillo o al monte o a la ruleta es tan perezoso como el que se lleva catorce o dieciséis horas en la cama

---

<sup>5</sup> Referencia a Joaquín Costa, Ángel Ganivet y Macías Picabea, que achacaban la crisis española a la abulia que se había apoderado del país. Véase: GÓMEZ MOLLEDA, M. D.: “Unamuno, Rector regeneracionista”, en *Revista de Occidente*, nº 1, 1997. pp. 127-147.

o echado al sol sobre una pradera. El baile de San Vito es un efecto de debilidad nerviosa.

Sí, la sentencia de Suarès tiene un gran fondo de verdad: España se ha enclaustrado en la pereza. Y eso que en España se “trabaja”, lo que económicamente se llama trabajar, y acaso más que en otras partes. Pero se trabaja en gran parte por pereza. Porque a las veces una huelga significa sacudir la pereza. Es la pereza y en su forma más terrible, la pereza mental, la que impide que surja una opinión pública política. Y a falta de ella, a falta de opinión pública política, todas las libertades que nuestras leyes sancionan son estériles. Y es la pereza lo que hace que los intereses sustituyan a los ideales.

Somos un pueblo que sueña que quiere, pero sin querer.